

Segundo día – DÍA DEL TEMOR DE DIOS Y AMOR AGRADECIDO

SEGUNDA MEDITACIÓN

a) EL HIJO PRODIGO

El fin de esta parábola es mover los corazones al arrepentimiento y convertirlos a Dios. Es tan divino el secreto de su trama, que, aún cien veces leída u oída, siempre produce los mismos sentimientos. Al leerla, parece que se va escuchando un secreto robado a nuestros corazones.

1. La figura del hijo.

«Un hombre tenía dos hijos...». Nada más fuerte, dulce ni constante que el amor de los padres a los hijos.

«Y dijo el menor: padre, dame la parte de herencia que me corresponde...». El padre consideró razonable la petición del hijo y les dividió la hacienda: dos partes para el mayor y una para el menor, según la ley de Moisés.

«El menor recogió sus cosas, se marchó a un país lejano y allí dispó toda su fortuna viviendo disolutamente...». Se dio a vivir con anchura y libertad, como él ambicionaba y pronto lo malgastó todo en vicios, en juergas, en comilonas y en mujeres...

«Acaeció en aquella tierra una recia hambre...». El que antes había vivido con hartura, ahora pasa hambre y se ve reducido a las más extremas miserias: guardar cerdos, la mayor humillación para un hebreo.

«Y apetecía llenar su vientre...». Como había tanta carestía, se guardaban las bellotas y algarrobas con cuidado y se daban con tasa y medida a los animales, que no encontraban suficiente alimento en el campo. Para él, para el hijo pródigo no había nada.

«Habiendo, pues, entrado dentro de sí...». Comienza el pródigo a rehabilitarse. Se perdió por salir de sí y de la casa paterna. Ahora entra dentro de sí y se acuerda del pan en abundancia, que tienen en su casa los mismos jornaleros de su padre.

«Me levantaré e iré a mi padre...». Lo primero que piensa el pródigo es presentarse ante su padre y hacerle humilde confesión de sus propias culpas.

«Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo...». Está dispuesto a aceptar la penitencia, que le quiera imponer, aunque sea conformarse con ocupar, no ya el lugar de un hijo, sino el de un jornalero cualquiera.

«Y, levantándose, vino a su padre...». Al buen propósito corresponde la ejecución pronta y decidida. Y aquí termina la figura del hijo, su alejamiento y caída y su rehabilitación y vuelta al padre por la penitencia y humilde confesión de las propias culpas.

Segundo día – DÍA DEL TEMOR DE DIOS Y AMOR AGRADECIDO

2. La figura del padre.

En ella quiso hablarnos de la figura del Padre celestial.

«Todavía estaba lejos, cuando le vio el padre...». No hay palabra, que no sea de singular expresión y cariño. Lo primero fue verlo y divisarlo de lejos, lo segundo, el conmovérsele sus entrañas; lo tercero, correr hacia él; y lo cuarto, echarle los brazos al cuello y cubrirlo de besos.

El hijo no dice todas las palabras que lleva preparadas. ¿Para qué había de rogar al padre que lo recibiese como un jornalero, el que se veía recibido como un hijo?

Por eso ordena a la servidumbre: «Traed túnica, anillo, sandalias...» el signo de distinción de la antigua dignidad. En las grandes fiestas y regocijos no había de faltar el convite y así, para las mayores solemnidades, se reserva el ternero más gordo y más cebado... Así pues, el padre, como en los días más grandes de su vida, como en el día de sus bodas, manda matar el ternero más cebado que haya en la heredad.

La razón de todo esto es la digna de un padre: «Porque este hijo mío había muerto y ha resucitado». El padre no hace ante la servidumbre la menor alusión a la muerte moral, o sea, a la mala conducta del hijo, de la cual el padre ya no quiere ni acordarse.

3. Dios y el pecador...

El pródigo es la imagen del pecador. Al alejarse de Dios por el pecado, va dando los mismos pasos que dio el pródigo al alejarse de la casa paterna.

Primero, se encara con Dios para usar y abusar de su cuerpo y de su alma, de sus sentidos y potencias como a él le dé la gana.

Segundo, malbarata su hacienda y pierde todo lo que sacó de la casa de Dios su padre. Pierde la Gracia, las virtudes, la dignidad, la honra, el decoro, la vergüenza y muchas veces hasta la salud y, siempre, la paz y tranquilidad de su conciencia.

Tercero, pasa hambre. Las potencias las llena de perversos pensamientos, los sentidos los empapa en vicio y en pasión y, a pesar de tanto gasto, no encuentra hartura, porque los apetitos y pasiones nunca dicen «basta» y él se encuentra vacío y con más hambre.

Cuarto, se pone a las órdenes de un amo terrible, el demonio, que lo rebaja hasta hacerle cometer las acciones más viles y deshonorosas.

Quinto, el pecador, en su degradación espantosa, se olvida de su condición de hijo de Dios y apetece la vida de los animales. «Pero nadie se las daba». Así de espantoso es el hambre e insatisfacción que experimentan los viciosos.

El padre es la imagen de Dios para con el pecador.

Tres rasgos lo caracterizan: primero, la tristeza con que se quedaría el padre, cuando el pródigo partió para lejanas tierras y se alejó de él.

Segundo día – DÍA DEL TEMOR DE DIOS Y AMOR AGRADECIDO

Segundo, la impaciencia con que le espera todos los días. No fue casualidad el estar el padre allí y divisar de lejos al hijo. Este detalle indica que todos los días le estaba esperando con los ojos fijos en el horizonte. Así es la espera de Dios aguardando al pecador.

Y, tercero, el gozo con que lo recibe. Así Dios trata al pecador arrepentido. Vestidura nueva de Gracia, anillo de amistad y de reconciliación, calzado en los pies para caminar por la virtud y banquete eucarístico.

«Habrán -dice Jesucristo- más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos, que no necesitan de penitencia».

4. Conclusión y resoluciones...

Si todo falla en tu vida, que no falle esta verdad: por muy grandes y numerosos que sean tus pecados y tus muchas maldades, infinita es la misericordia de Dios para perdonarlos.

Tú eres ese hijo pródigo y Dios es ese padre bueno y bondadoso, que te está esperando. Si alguna vez te alejas de Dios por el pecado, vuelve a él dando los mismo pasos, que dio el hijo pródigo, a saber: entra dentro de ti mismo y reflexiona sobre tu triste situación presente, concibe un propósito salvador y ponlo por obra inmediatamente, para terminar ante el sacerdote, como representante de Dios, con la humilde confesión de tus propias culpas.

b) SAN PEDRO

Judas y Pedro son los representantes de dos clases de pecadores. Judas peca por malicia; Pedro por debilidad. Judas es el hombre dominado por una pasión, que le arrastra hasta el abismo; Pedro es el hombre débil, que tiene un momento de ofuscación y cae, pero, como no está sujeto por la pasión, pasada la ofuscación, se levanta y llora su pecado.

1. Antes de la caída.

¿Quién era Pedro? Jesús había escogido a Pedro para grandes cargos y le había dado excelentes cualidades para desempeñarlos. Pedro recibió de Jesús el Primado de autoridad supremo con aquellas palabras: «Tú eres piedra y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, te daré las llaves del Reino de los cielos, para que todo lo que ates y desates en la tierra, quede atado y desatado en el cielo». Y en otro lugar: «Apacienta mis ovejas».

Le dio también Jesús unas cualidades admirables.

La sinceridad. Judas es el hombre taimado de hipócrita. Pero Pedro es el hombre del alma abierta y sincera.

Segundo día – DÍA DEL TEMOR DE DIOS Y AMOR AGRADECIDO

La humildad. Cuando la primera pesca milagrosa en el lago, se siente tan cerca de la Divinidad, que cae de rodillas en la misma barca delante de Jesús y le dice con toda franqueza, «apártate de mí, Señor, que soy un gran pecador».

La fidelidad. En la sinagoga de Cafarnaúm, cuando Jesús hizo el primer anuncio de la Eucaristía, todos se marchaban, incluso, los mismos apóstoles. Jesús se vuelve a ellos y les dice: ¿«Vosotros también os marcháis»? Y Pedro dio la cara por todos diciendo: «Señor, ¿a quién iremos? Tú sólo tienes palabras de vida eterna».

La entrega generosa. «A mí tú jamás me lavarás los pies». Pero cuando Jesús le dice: «Si yo no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo», entonces Pedro, que es el hombre de la vuelta de campana, dijo: «No sólo los pies, sino las manos y hasta la cabeza».

Amor a Jesús constante. Le siguió hasta la muerte. Se dejó crucificar por Él después de sufrir persecución y cárcel. Con esto está dicho todo.

2. La caída.

La caída de Pedro fue catastrófica, de desastre. Fue una verdadera apostasía. Mintió como un villano diciendo ante los soldados y sirvientes que se calentaban al fuego, que él no conocía al Maestro.

Caída advertida. El Maestro con toda suavidad y delicadeza se lo advirtió antes: «Pedro, antes de que el gallo cante dos veces, tú ya me habrás negado tres».

Caída torpe. Negó a Jesús por las simples palabras de una mujerzuela.

Caída con todos los agravantes: a las pocas horas de haber comulgado, de haber sido ordenado sacerdote, y de haber concelebrado con Cristo su primera misa.

Caída sacrílega. No se contentó con negar, sino que juraba y juraba que él no conocía a semejante hombre.

Caída sangrante para el Corazón de Jesús. En el mismo momento en que Jesús en la sala del juicio era interrogado sobre su doctrina y sus discípulos y respondía. «No he hablado nada en oculto, sino que todo lo he dicho en público... Pregunta a aquellos que me han oído». Muy bien. Preguntemos a Pedro: “¿Eres tú de los del Nazareno?” Y Pedro contesta con esta bofetada: «¿Yo? Ni sé lo que dices, ni sé de quién hablas, jamás he conocido a semejante hombre».

Reflexiona sobre las causas de esta caída.

La presunción. Pedro presumió de sí y de sus fuerzas. Confiaba demasiado en sí mismo, anteponiéndose a los demás. Alardeó de su constancia: «Aunque todos, yo nunca te negaré... Yo estoy dispuesto a ir a la muerte por ti».

Pedro descuidó la oración: «Velad y orad para que no caigáis en tentación», les había dicho el Señor en el huerto. Pero Pedro se durmió y no oró. Y la oración es la que da fuerza al alma para resistir.

Segundo día – DÍA DEL TEMOR DE DIOS Y AMOR AGRADECIDO

Pedro se metió en el patio de los sirvientes del Sumo Sacerdote. Se metió en la boca del lobo. Se puso en la ocasión y en peligro con temeridad.

Pedro se dejó llevar de los respetos humanos. Fue débil y cobarde.

Aprende de las causas de esta caída.

3. La conversión.

Salió Jesús de la sala del juicio, atravesó el patio, donde los ministros del pontífice estaban calentándose al fuego y todos se apiñaron para ver al reo. Entre las cabezas, que se empinaron para mirarlo, estaba la de Pedro. Jesús al pasar, miró a Pedro. «Le miró Jesús -dice el evangelio-, y salió fuera y lloró amargamente».

Fue aquella una mirada de reproche: «Ay, Pedro, Pedro, más me duelen tus negaciones que todos los tormentos, que voy a recibir de judíos y de romanos.

Mirada de advertencia: «¿No te lo decía yo? A ver si escarmientas de una vez por todas».

Mirada de confianza: «Anda, no te desanimes».

Mirada de imperio: «Sal fuera, aléjate del peligro y de la ocasión donde jamás debiste meterte».

San Agustín comenta este pasaje con estas palabras: «Cantó el gallo por primera vez y Pedro no lloró. Todavía no le había mirado el Señor. Cantó por segunda vez, le miró el Señor y Pedro lloró». La conclusión es que sin la Gracia de Dios, si Dios no nos mira, no podemos arrepentimos de nuestros pecados.

Ya lo sabes, si pecas, te mirará el Señor y en esa mirada te ofrece el perdón de tus pecados.

Pedro lloró toda su vida sus negaciones, aunque sabía que le había perdonado el Señor. Cuenta la tradición que todas las noches al canto del gallo se acordaba de su caída, y lloraba nuevamente, lleno de amor, por el perdón que tan generosamente le había otorgado su Maestro.

Jesús resucitado, le pregunta por tres veces: “Pedro, ¿me amas?”. Contesta las tres veces: “Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero”, pero en la tercera Pedro siente una gran tristeza.

«Todo está perdonado», -le diría Jesús. Y tú, convertido de tu pecado, confirma en la fe a tus hermanos. Que tu caída te sirva de lección, Pedro, para no confiar demasiado en ti mismo, para no anteponerse a los demás, para que seas misericordioso, cuando veas que otros caen y los recibas del mismo modo que yo te recibo a ti.

Segundo día – DÍA DEL TEMOR DE DIOS Y AMOR AGRADECIDO

4. Conclusión y resoluciones.

Las negaciones de Pedro habían sido una mala faena. Acaso, lo que más dolió al Corazón de Cristo, porque le venían del mejor amigo. Y, no obstante, Jesús le perdonó y le devolvió toda su confianza, preparándole, incluso, la gracia del martirio.

Pedro correspondió a todas estas finezas del corazón de su Maestro. Siguió amando a Cristo con amor grande y apasionado. Trabajó lo increíble por establecer la iglesia en medio de aquel mundo paganizado.

Y, sobre todo, dio testimonio con el martirio. El año 67 le crucificaron en el circo de Nerón. Y le crucificaron cabeza abajo, pidiéndolo él, porque no se consideraba digno de morir como había muerto su Maestro.

Imita a Pedro en este amor agradecido por tanto perdón como te ha otorgado el Señor. Tu alma, como la suya, es también un río de misericordia divina.

c) LOS TRES MEDIOS DE LA VIDA CRISTIANA

Helos aquí: la oración, la mortificación y la confesión. Con estos tres medios hay vida sobrenatural cristiana y cada día más pujante, a medida que se sepa utilizarlos. En cambio, sin ellos esta vida languidece y muere.

1. La oración.

Orar es hablar con Dios, como un hijo habla con su padre, para alabarle, pedirle perdón, agradecerle todos los beneficios que recibe, y pedirle lo que necesita.

¿Alguien, por ejemplo, para respirar necesita estudiar un curso o matricularse en la universidad de Salamanca? No. Lo sabe hacer cualquier niño que acaba de nacer.

Con la oración pasa igual, porque la oración es la respiración de nuestra alma. Un alma que respira es un alma abierta a Dios para tratar con Él de amistad, como diría Santa Teresa.

¿Es necesario orar? Lo necesitamos más que el comer. El que ora se salva y el que no ora se condena, dicen los maestros de la vida espiritual. Y es que sin la Gracia no podemos salvarnos y la Gracia nos viene normalmente por conducto de la oración, como el agua nos viene por una tubería.

Hay una oración vocal, que consiste en vaciar nuestra alma en moldes hechos, en palabras dictadas por Dios, como el Padre nuestro, el Ave María, los salmos, etc.

Y hay otra oración mental, que es elevación de la mente a Dios. San Ignacio nos ha ido enseñando a lo largo de este libro varias clases de oración, a saber, la consideración del principio y fundamento, la meditación de las tres potencias: memoria, entendimiento y voluntad y el coloquio: una conversación de amigo a amigo entre el alma y Dios.

Segundo día – DÍA DEL TEMOR DE DIOS Y AMOR AGRADECIDO

2. La mortificación.

Mortificar significa «hacer morir». ¿Y qué es preciso mortificar?

San Pablo precisa lo que es necesario hacer morir: «Mortificad los miembros del hombre terreno, que hay en vosotros: la fornicación, la impureza, la abominación, las pasiones deshonestas, la concupiscencia desordenada y la avaricia».

Saber discernir entre verdaderas y falsas mortificaciones.

Toda mortificación es verdadera, cuando extirpa y mata lo que hay que matar y fortifica lo que hay que fortificar.

Hay mortificaciones falsas, que, en vez de crucificar la carne con sus vicios y concupiscencias, matan al hombre, dejando en él sus pasiones, su orgullo, su vanagloria, su soberbia, y multiplicando frecuentemente sus vicios.

Las razones de nuestra penitencia o mortificación se encuentran en el misterio del Cuerpo Místico de Jesucristo. Somos una cosa con Cristo. Luego en nosotros debe morir y desaparecer todo lo que no es Cristo, o sea, el hombre viejo con sus vicios y concupiscencias.

Las penitencias mejores son las que Dios envía, como enfermedades, tribulaciones, penas familiares, quiebras económicas, choque de caracteres y temperamentos en la convivencia del hogar.

Otras penitencias son las que impone el cumplimiento del deber, que de suyo, es costoso y penoso.

Y otras, finalmente, son las que uno libremente se impone, como la dureza de la cama, la brevedad del sueño, la sobriedad del ayuno, la sencillez en las comidas, lo basto de los vestidos y la penitencia de la disciplina.

Pero todas estas penitencias no tomarlas sino con consejo del confesor prudente y que no impidan el cumplimiento del propio deber.

3. La confesión...

Error funesto sería pensar que la confesión sacramental se ordena únicamente a la absolución de las faltas cometidas, o a una simple disposición previa para mejor recibir la Eucaristía.

No. El sacramento de la penitencia tiene en sí mismo e independientemente de los demás un gran valor sustantivo y una eficacia extraordinaria, en orden al aumento y desarrollo de la vida cristiana.

Mucho depende de las disposiciones del penitente, no porque estas disposiciones sean concausa de la producción de la Gracia, que proviene exclusivamente de Dios,

Segundo día – DÍA DEL TEMOR DE DIOS Y AMOR AGRADECIDO

sino porque actúan como previa disposición material. Como en el orden físico el sol calienta más el metal que el barro, porque el metal es mejor conductor del calor.

Las disposiciones habituales son un gran espíritu de fe, máxima confianza y amor de Dios. Las fundamentales son las cinco condiciones requeridas del catecismo: examen de conciencia, dolor de los pecados, propósito de enmienda, decir los pecados al confesor, y cumplir la penitencia.

No cabe duda que la confesión, realizada en estas condiciones, es un medio de altísima eficacia santificadora, porque en ella la sangre de Jesucristo ha caído sobre nuestra alma, purificándola y santificándola.

Se nos aumenta la Gracia, en mayor o menor grado, según el grado de arrepentimiento y el grado de humildad con que se hayan acercado a este sacramento.

El alma se siente llena de paz y de consuelo. Esta disposición psicológica es indispensable para correr por los caminos de la perfección.

Se reciben mayores luces en los caminos de Dios. Así, por ejemplo, después de confesarnos, comprendemos mejor la necesidad de perdonar las injurias, viendo cuán misericordiosamente nos ha perdonado el Señor a nosotros, o se advierte con mayor claridad la malicia del pecado venial, que es una mancha que ensucia y afea el alma, privándola de gran parte de su brillo y hermosura.

Aumenta considerablemente las fuerzas del alma, proporcionándole energía para vencer las tentaciones y fortaleza para el perfecto cumplimiento del deber.

4. Conclusión y resoluciones.

Ora mucho y bien. Oración sin prisa, con diálogo entre Dios y el alma, hablando con Dios y escuchando a Dios, con quietud, suspendiendo el alma en Dios o reclinándose en él como un niño se reclina en los brazos de su madre.

Mortifícate y haz penitencia en esta vida, para que no la tengas que hacer en la otra. Pecados veniales, faltas, malas inclinaciones, reliquias del pecado mortal perdonado, de todo esto el alma se tiene que purificar, porque nada manchado puede unirse con Dios. He ahí el trabajo de la penitencia o mortificación.

Confiésate bien, con frecuencia y así harás grandes progresos en la vida espiritual.

Con la confesión va unida la dirección espiritual, cuyo fin es iluminar el alma sobre los designios de Dios sobre ella, fortificar su voluntad para llevar a cabo esos designios, a pesar de todas las dificultades que se encuentren en el camino y consolar en las pruebas de la vida, que no han de faltar.

Dios quiere que nos dejemos gobernar en lo espiritual por otros hombres. La perfección es una subida larga y difícil. Empezar este camino sin un guía es una temeridad. La experiencia enseña cuántas gracias otorga Dios a las almas humildes, que acuden a la dirección espiritual.
